

EL ÁRBOL DE SAN JUAN

Recordando conocidos versos, diremos:

.
.
las *tradiciones* perdidas
son hojas ¡ay! desprendidas
del árbol del corazón.

Pero al plagiar o. imitar, lo hago sólo en cuanto a la forma, porque si el poeta lloraba, desde el fondo de su alma, sus perdidas ilusiones, del fondo de la nuestra arranca la pena que nos invade cada vez que sentimos dentro de nuestro pecho el chasquido que delata el desgaje de un recuerdo, de una de esas tradiciones que constituyen en gran parte la vida moral, la felicidad, ¡sí, la felicidad! de pueblos que aman sus costumbres y tradiciones como las ama el pueblo vascongado.

Una tras otra—vencidas u horrorizadas unas veces por la incipiente chulapería imitativa (cien veces más odiosa que la de los que son *de suyo, guapos y espíritus fuertes*) o por los que desde la puerta de un *bar*, mirando por encima de los hombros a quienes transitan por la acera, piden en alta voz un *whisky and soda* o por los que desdeñan todo juego o ejercicio corporal que no sea exótico, y abolidas otras veces por los que nos gobiernan y administran—van desapareciendo costumbres típicas, costumbres nuestras, sin que los causantes de tal desaparición, sean hombres rudos que no saben lo que se hacen, sino hombres ilustrados y sin duda alguna de mucho más talento que quien en prosa elegíaca dedica estas cuartillas a la fiesta del árbol de San Juan. Precisamente son los momentos en que escribo, los en que, sin el acuerdo reciente de nuestro Excmo. Ayuntamiento, se estaría llenando la Plaza

de la Constitución por multitud de chicos y grandes, esperando el aparecer de los músicos y del clero para la celebración de la antiquísima ceremonia.

Lejos de mi ánimo el dirigir censuras ni ofensas directas ni veladas a nadie; me conduelo de lo ocurrido como se conducen otros muchísimos; lo lamento, pero respeto la opinión de la mayoría que votó el acuerdo abolitorio. En cuestiones de sentimiento, como sucede con el amor de la Patria y con las creencias religiosas, es muy difícil llevar a las personas de uno a otro campo, y es, en cambio, muy fácil herir sentimientos noblemente sentidos, aunque sean mal inspirados a nuestros ojos, y por esa razón hemos de creer que quienes por su conducta o afán de imitación o quienes deliberadamente como si la tradición no fuese base sino estorbo para el progreso, son causantes de la supresión de determinados actos o ceremonias que a nadie ni a nada dañan, lo hacen sin darse cuenta de que, sin reportar beneficio alguno sus procedimientos, hieren en lo vivo los sentimientos íntimos de aquellos de sus convecinos que quedan privados de expansiones y emociones más gratas y consoladoras que las que se encuentran en ciertos espectáculos que están muy en boga pero cuya cultura es bastante discutible.

Aunque sea preciso confesar que se nota demasiado la existencia de la carcoma de la política en nuestras Corporaciones populares, dañando al país en sus intereses y con riesgo de que vaya amortiguándose el resplandor de la aureola de que, de luengos años vienen coronadas ante los ojos propios y extraños, tengo el convencimiento de que en el asunto concreto que aquí me ocupa, no ha influido al menos en su manera sensible, ni la política ni el mayor o menor fervor religioso.

Prueba de que aquella fiesta no revestía carácter político alguno, es que desde tiempo inmemorial (aunque con algunos años de interrupción, como la tuvieron otras fiestas restablecidas) viene celebrándose con voto unánime y general aplauso. No debe atribuírsele tampoco (al menos yo no se lo atribuyo) carácter clerical, porque debemos tener en cuenta que si el clero iba a la Plaza de la Constitución y tomaba parte importante en la ceremonia, iba revestido de sus trajes sacerdotales a cumplir la misión que el Ayuntamiento le encargaba, a bendecir el árbol, símbolo de la Agricultura; es decir, *sin salir de la iglesia*, en el sentido que debe darse a esa frase.

Dicen que por alguien se ha dicho que la fiesta es bárbara e inculta. ¡Dios perdone a tantos señores como han pasado por los esca-

ños concejiles y sin percatarse de la barbaridad, contestaban unánime y entusiásticamente con la afirmativa, cuando el alcalde hacía, por esta época, la acostumbrada pregunta! Porque si la bulliciosa grey infantil, con inconsciencia disculpable, cometía abusos dando al final del acto carácter completamente opuesto a su tendencia y significación, rodéese el árbol por una valla provisional y ordénese a unos cuantos empleados municipales que repartan las ramas del árbol bendito para que las familias las conserven como reliquias, de un año para otro. Y si la ilustrada Comisión de Fomento del Ayuntamiento juzgase oportuno realizar el conjunto con un discursito en boca de un aventajado alumno de las escuelas municipales, que, al igual que en la moderna fiesta escolar del Arbol, que se celebra en invierno, explique el bien que los árboles reportan a la agricultura, a la modificación del clima y a crear y embellecer paisajes campestres, se daría a la fiesta una relevante nota de la cultura e ilustración que tanto distinguen a esta hermosa capital, que, fiel a sus tradiciones y costumbres y atenta para apropiarse cuanto representa progreso, ha crecido y crece y se hermosea, constituyendo plácido, elegante y bello punto de mira y de admiración para cuantos la visitan y de estímulo para algunas ciudades hermanas.

No es agradable quedar vencidos cuando se sustenta o se defiende una opinión con noble sinceridad, pero se imponen la resignación y el respeto a lo acordado. Sería verdaderamente funesto para un pueblo que su Ayuntamiento se acostumbrase a tejer y destejer.

JULIÁN DE SALAZAR

San Sebastián 23 de Junio.

